

HOMILÍA DOMINGO V DE PASCUA (B)

Santuario del Toro. Bendición términos, 2 de mayo de 2021

Hemos escuchado unas palabras pronunciadas por Jesús en la Última Cena, en las que dice cosas muy importantes para la vida del discípulo. Jesús toma la imagen de la viña, muy querida por el pueblo de Israel, para hablar de su relación con los discípulos. Si repasamos los salmos y los escritos de los profetas, encontraremos con frecuencia esa alusión a Israel como la viña que el Señor ha plantado y de la que se espera que tenga buenos frutos y produzca un buen vino.

1.- “Yo soy la verdadera vid”

Sobre este trasfondo, Jesús proclama que Él es la verdadera vid. Él es la vid buena y definitiva que el Padre ha plantado. Por su encarnación se ha enraizado en nuestra tierra y por su muerte y resurrección ha dado el fruto bueno, que llena de vida a toda la humanidad.

Jesús es la vid y el cristiano es el sarmiento. Por nuestro bautismo hemos sido unidos íntimamente con Jesucristo. San Pablo usará otra imagen: hemos sido injertados en Cristo. Jesús decía que estamos unidos a él como los sarmientos a la vid, de manera que si nos separamos de Él, nos secamos y sólo valemos para echarnos al fuego y que ardamos. Ser cristiano es vivir esta comunión íntima con Jesús. Cristiano no es el que profesa unas ideas, sostiene unos dogmas o vive según una moral, sino aquel que está unido a una persona, que es Jesucristo. Por eso, la clave del ser cristiano es interior. No consiste en hacer muchas cosas sino en vivir muy unidos a Él.

2.- “Permaneced”

Por eso Cristo insiste en que debemos permanecer unidos a Él: “permaneced en mí y yo en vosotros”. Si no vivimos unidos a Cristo, no podremos dar buen fruto.

El Evangelio nos invita, de esta manera, a advertir que sin Cristo no podemos hacer nada. Sin su gracia, nuestra vida queda vacía; sin su amor, toda nuestra existencia pierde su sentido. Jesús lo dice de un modo contundente: “Sin mí no podéis hacer nada”. ¿Estamos convencidos de esto? ¿qué predomina en nuestra vida, la confianza en la gracia o en nosotros mismos? San Agustín comenta: “quien estima que por sí mismo él da fruto, no está en la vid; quien no está en la vid, no está en Cristo; quien no está en Cristo no es cristiano” (In Ioannem tract, 81, 2)

3.- Dar fruto

Sólo si permanecemos en Él, podremos dar buen fruto, que glorifique al Padre. Es preciso que la vid dé uva de buena calidad, con la que se pueda hacer un buen vino.

Pero, ¿cuál es el fruto que espera Dios de nosotros? La primera carta de Juan –que hemos leído como segunda lectura- resumía todo lo que Dios nos pide en dos actitudes: creer y amar. Decía: “Este es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo y que nos amemos unos a otros”.

Lo primero es creer, es decir, vivir nuestra vida apoyados en Jesucristo, escuchando su Palabra, celebrando su memoria y proclamando su amor. Creer no es sólo sostener unas verdades, sino poner todo nuestro corazón en Jesús, confiar nuestra vida en sus manos, abandonarnos a su amor. La fe es encuentro con una persona a la que se confía la propia vida. El fruto que Dios quiere es que pongamos nuestra vida en manos de Jesucristo y que nos dejemos guiar por su Palabra. No tengamos miedo de hacerlo, porque Jesucristo no nos quita nada, sino que nos da todo.

El segundo fruto es el amor, que es el signo distintivo del cristiano. Es fácil hablar del amor y decir lo hermoso que es, pero es más difícil amar a cada persona que se acerca a nosotros. La carta de Juan nos decía: “no amemos de palabra ni de boca, sin con obras y según verdad”. Al cristiano se le pide amar siempre, sin medida, a todas las personas: al hermano, al vecino, al forastero, al enfermo y también al que nos cae mal. Es un fruto extraordinario, que podemos dar si la vida de Jesús está en nosotros.

El Evangelio nos hace caer en la cuenta de otro detalle importante: el sarmiento sólo puede dar fruto si es podado. Jesús decía que al sarmiento que dé fruto, el Padre lo poda para que dé más fruto. Para creer y amar, para dar buen fruto, debemos dejarnos podar por la Palabra de Dios y por el prójimo. Pienso que también la pandemia que estamos padeciendo puede ser entendida como un tiempo de poda, en el que el viñador purifica y renueva su viña para que sea fecunda. Ojalá vivamos este tiempo como ocasión para que el Señor elimine todo lo que nos sobra, nos corrija y nos haga crecer unidos a Él.

4.- Bendecir con la cruz

Al finalizar la Misa, saldremos al patio para bendecir la tierra de Menorca con la cruz gloriosa de Cristo. La cruz es signo de Cristo muerto y resucitado, a quien queremos unir nuestras vidas. Con ella bendeciremos cada uno de los puntos cardinales, deseando que el Señor llene de bendiciones nuestros campos y a todas las personas que trabajan en ellos; y pediremos también que la palabra del Evangelio se extienda por toda la isla. Al bendecir con la cruz, este año tendremos una intención especial: que el Señor nos ayude a vencer esta pandemia, que dé fuerzas a los que la combaten y que nos conforte a todos en la dificultad.

Ahora vamos a seguir la celebración de la Misa. Cuando comulgemos, recibiremos el cuerpo y la sangre del Señor, que nos unen íntimamente a Él, como el sarmiento a la vid. Que la fe y el amor nos hagan permanecer siempre unidos a Él, de quien recibimos la vida.